
III

AL REY LUIS FELIPE

*después de la sentencia de muerte
pronunciada el 12 de julio
de 1839.*

Por vuestro ángel, que voló
al cielo, a la manera de una paloma;
por ese niño real, tierno y frágil
como una caña, ¡perdonad una vez más;
perdón en nombre de la tumba;
perdón en nombre de la cuna!

12 de julio, media noche.

Pero no es la iglesia, con sus bóvedas sublimes, con sus pórticos, con sus vidrios de colores, con sus lámparas, lo que atrae mis miradas, no; es esa boardilla mezquina y situada allá arriba, de donde sale una armonía tierna y sonora, como si cantase un pájaro en el alero de su tejado.

**

El edificio santo es hermoso, pero ese miserable aposento me atrae; a la altiva encina prefiero el nido de musgo y al huracán el céfiro; mi espíritu, cuando se pierde entre las olas del mar, prefiere el alga oscura a los gigantes acantilados y la pobre golondrina a la esplendidez del Océano.

IV

Imponente se alza la vasta iglesia; en sus altos campanarios se ostenta la ojiva adornada de flores de piedra; resplandece su pórtico con su rosetón abierto, y la noche hace hormiguar bajo la bóveda enorme, ángeles, vírgenes, el cielo y el infierno, todo un mundo espantoso y confundido, como entrevisto al través de un sueño

¡Mezquino tugurio! Al través de un claro entre las hojas, su pequeña ventana se abre como maravillada cerca del pórtico gótico; su verde persiana, suspendida por tres clavos, atada por un extremo y suelta por el otro, se abre coquetonamente como un abanico de desmesurado tamaño.

A la parte exterior tranquilamente duerme un gato, cerca de una hermosa azucena, que llena con sus raíces y corona con sus flores un tiesto de forma extraña, de porcelana azul, que ostenta, pintado, un hermoso paisaje chino, en el que algunos pavos reales-abren sus anchas y plateadas colas.

**

En el interior de aquel aposento de vez en cuando brilla y pasa una sombra, una figura, un hada, una joven hija del pueblo, que entona alegres canciones; una huérfana, que vive sola en ese asilo, cuyo aspecto inocente y tranquilo indica que puede mirar y ver distintamente el rostro del Señor.

**

Sólo al verla se comprende su inocencia. Del manantial de su alma mana agua pura; es ave tierna e ignora que existen cazadores; las alas de esa mariposa conservan todo el polvo de oro; el corazón de la tierna virgen guarda toda su luz; la perla del rocío del alba se mantiene aún en la corola de la flor.

**

A esa oscura boardilla parece que la vista vea llegar todo un

mundo de alegría; el rumor de la plaza y de los transeuntes, los juegos y la algazara de los niños, las mujeres que con tardo paso entran en la iglesia, el sonido de las canciones que se oyen en las calles, rayos de luz de arriba y reflejos mil de abajo.

**

¡Niña feliz! A su alrededor, como alrededor de un templo todo es puro y modesto, todo ofrece buenos ejemplos. La abeja labra la miel, la flor sonríe mirando al cielo, el campanario da sombra, y ante la ventana, todas las noches, sumisa a las órdenes del Creador, aparece una resplandeciente estrella.

**

El cuello virginal de la doncella no se descubre entre preciosos y transparentes encajes de que ella carece, porque le cubre púdicamente un limpio pañuelo; no lleva perlas en la frente, pero tampoco arrugas; sus ojos castos y vivos tienen miradas límpidas; brillando tanto sus ojos, ¿para qué quiere diamantes?

III

En el ángulo del aposento se ve la modesta cama. Sobre la mesa está abierto el libro en el

que Dios se hace visible para nosotros y que encierra la leyenda a los encarnizados combates para devota de los santos; y en un rincón obscuro, cerca de la chimenea, entre la Santa Virgen y un ramo bendito, aparece clavado en la pared con cuatro alfileres el retrato de Napoleón.

**

¡Aquella águila encerrada en esa jaula! ¿Por qué no? En la obscuridad de esa mansión serena, en la que nada es sombrío, donde descansa la hermosa niña, pura como una azucena, en esa morada de paz, de gracia y de alegría, pláceme oír en el fondo de mi fantasía el ruido de los pesados cañones que rodaron hacia los campos de Austerlitz.

**

Junto al retrato del emperador, constituyendo el orgullo de la pobre huérfana, brilla una cruz de honor, símbolo de victoria, cruz de un soldado, muerto como un héroe en el campo de batalla, padre que desde el fondo de su tumba hace brillar un rayo de gloria sobre su hija.

IV

¡Cruz de Napoleón! ¡Joya de la guerra! ¡Corona de laurel circundada de brillantes rayos! Cuan-

do él conducía a sus valientes a los encarnizados combates para que conquistasen el mundo, la dejaba suspendida sobre todas las frentes durante la guerra, y después de terminada les decía: — ¡Venid por ella!

**

Después les entregaba su cruz, y vertían lágrimas los ojos de aquellos héroes que adoraban en silencio a aquel semidiós invencible: hubiérase dicho que encendiendo con su alma la de sus soldados, y tocando sus pechos con sus dedo de fuego, hacía brotar en ellos aquella estrella del corazón.

V

Cuando despierta esa joven, canta; después trabaja pensativa, sentada en su silla de paja, cosiendo y bordando, y mientras que, pensando en Dios, sencilla y sin temor, se dedica a cumplir su tarea, el silencio se sienta en el umbral de su puerta.

**

Así, Señor, protegéis su morada; así en ese solitario refugio, ninguna inquietud, ningún quebranto turba la paz de la doncella, que ruega por los que mueren en los naufragios, y cuya ora-

ción puede subir hasta el cielo, sin empañar la serenidad del firmamento.

**

**

Pero si el áspid se esconde entre la hierba, ¡ay! el gusano roe la fruta más hermosa. Para turbar una vida basta una mirada. El mal puede aparecer a los fulgores de una antorcha bendita. La curiosidad que arde en el espíritu de la virgen, abre más tarde una llaga en el corazón de la mujer.

**

Un libro antiguo, inmundo, de esos que causan náuseas, quedó olvidado en un armario viejo; Eva; Voltaire, que es la serpiente, una novela del siglo anterior, corruptor reinado de Voltaire, de ese genio, que a cumplir fatal misión fué lanzado al mundo por el demonio.

VI

Epoca que, manchada de vino y de sangre, hasta en tu agonía, conservaste la risa delirante del festín; siglo diez y ocho impío y castigado, sociedad sin Dios, por Dios destruida, que rompiendo con el hacha el cetro y la espada, siendo joven ofendiste al amor y siendo vieja a la piedad,

Mesa testigo de la desenfundada orgía, que terminas en patíbulo; mundo, ciego para Cristo, alumbrado por Satanás, avergüéncense tus escritores ante las naciones; su fama proyecta la sombra de tus delitos y su sombra gloria surge de las revoluciones.

VII

Frágil barca que bogas a pocos pasos de un abismo, guárdate, niña, conserva tu corazón, que no sufre todavía, pobre hija de Eva; Voltaire, que es la serpiente, la duda, la ironía, se oculta en un rincón de tu bendito aposento; te espía con sus ojos ardientes y sonríe.

**

¡Tiembala! ¡Ese sofista ha sondeado muchos lodazales! ¡Tiembala! ¡Ese sabio falso ha causado la perdición de muchos ángeles! Ese demonio, ese negro milano se precipita sobre los corazones felices, los desgarras, y muchas veces, de sus crueles uñas, yo he visto caer pluma tras pluma esas blancas alas, que hacen que vuele el alma y se remonte hasta el cielo.

* * *

Cuenta todos los latidos que hacen palpar tu seno; el menor movimiento de tu espíritu en la obscuridad, si se inclina hacia él, hace resplandecer sus ojos, y como un lobo que está ojo avizor, como un tigre que acecha, hay momentos que levanta la monstruosa cabeza, que sólo para el poeta es visible.

VIII

¡Ayl si tu casta mano abriera ese libro maldito, moriría repentinamente Dios en tu corazón leal; inclinarías triste tu serena frente, para ver pasar en lontananza por espléndida alameda deslumbradoras carrozas que vuelan arrastradas por aligeros caballos, y mañana acaso te burlarías del virginal pudor.

* * *

Turbarían tu sueño por la noche, en el lecho, visiones extrañas, que harían huir al más tímido de los ángeles; ya no dormirías, ni tendrías deseos de cantar; y tu espíritu, hundido ya en el océano de los delirios, iría vacilando, desarraigado como alga flotante, desde el placer al oprobio y del flujo al reflujó.

IX

Te está mirando la cruz honorífica de tu padre, que con la Guardia imperial murió heroicamente; pídele consejo, ángel tentado; deja que te aconseje también, que te guíe y que te salve, esa azucena que embellece tu ventaba y que confunde su aroma con el perfume de tu virginidad.

* * *

Deja que te aconsejen los santos afilerados en la puerta de la fachada de la iglesia; deja que te aconseje la blanca paloma que pasa volando por delante de tu ventana; oye la voz del órgano que entona religiosos himnos; toma consejos del azul puro del cielo, que tan de cerca ves desde tu morada.

* * *

Deja que te aconseje la ingeniosa aguja, que te ayuda en tu labor, que está presente cuando tu rezas y que te dice en voz baja: «Trabaja». ¡Escúchala! Dios hizo que nacieran del trabajo dos hijas: la virtud que da pureza a la alegría, y la alegría que presta atractivo a la virtud.

* * *

Escucha ese sinnúmero de voces acentuadas y cariñosas, que murmuran en los vientos, que bajan de las nubes, que ascienden vagamente de los sitios silenciosos, que salen de las castas gotas del rocío, que te repiten los cantos de los pájaros y que te dicen todas a la vez:—«Sé pura como el cielo».

* * *

Sé pura como el cielo, como la ola y como el alba, como el alegre nido, como la torre altiva, como la gavilla de la mies, como la estrella, como la flor, como todo aquello que sonríe, como todo lo que canta, como todo lo que descansa en la paz de la inocencia.

* * *

Vive serena; la calma del corazón se retrata en el rostro. La tranquilidad constituye la majestad del sabio. Sé alegre. La fe no necesita ser austera; la sonrisa de la mujer es un reflejo del cielo; la alegría es aquel calor que lanza en las almas la claridad celestial que se llama la verdad.

* * *

Llénese, pues, de alegría tu espíritu, que la alegría lo vivifica todo en la naturaleza inmensa.

En la cumbre de las torres derruidas Dios coloca deliciosos nidos y florecillas que brillan entre la hierba espesa, porque hasta en su natural tristeza las mismas ruinas necesitan de juventud, luz y vida.

* * *

Sobre todo sé buena. La bondad contiene todas las excelentes cualidades. Indulgente, el Señor hizo nacer de la bondad los pensamientos fraternales. La bondad constituye el fondo de las naturalezas augustas. Con esa sola virtud formó Dios el corazón de los justos, como modeló con un solo zafiro la cúpula del cielo.

* * *

De ese modo permanecerás siempre pura como la azucena y blanca como el cisne entre los seres marcados por la señal divina; y exenta de miedo y de cuidados serás de los que, amontonando las riquezas de las acciones buenas, logran que su barca fondee en el puerto, rezan todos los días y duermen tranquilos todas las noches.

EL POETA A SÍ MISMO

Mientras que sobre los bosques y sobre los prados derrama el cielo sus luces y su esplendor, tú, poeta tranquilo, reparte prodigamente entre las familias, los

niños, las doncellas y aun entre los ancianos tus cantos religiosos

* * *

Señala con el dedo el puerto a todos aquellos que luchan contra el mar, azotados por el aquilón; muestra a las doncellas el faro luminoso de la inocencia, a la multitud el altar escarnecido por el impío, a los jóvenes el porvenir, a los viejos la eternidad.

* * *

Para que se imite tu deseo en todos los mortales, enseña a todos ellos el lado más saliente de la verdad; para que todo aquel que piensa encuentre en ti el modo de calmar su pensamiento, inculca la idea de Dios en todos los corazones, sembrando en cada uno la palabra reveladora.

* * *

De este modo, silenciosamente en la obscuridad, tu espíritu, que es un soñador solitario, del cual brotan los versos, que Dios bendecirá, se identificará con la mente del pueblo que te escucha, y saldrán de ella como salen las raíces de una encina entreabriendo un suelo de granito.

29 de junio de 1839.

V

Se creía ciegamente en los tiempos en que el pastor nocturno, en el espacio, por encima de él, veía algunas veces, envuelto en un negro torbellino de lluvias y de truenos, pasar velozmente la deslumbradora sombra de un profeta, que un espíritu arrastraba hacia el desierto.

* * *

Se creía ciegamente en la época de los bardos y de los trovadores, cuando armado todo un mundo se lanzaba a la conquista del monte calvario para libertar la Santa Cruz, para visitar el lago sombrío donde Jesús salvó a Pedro, y el Horeb y el Cedron, y las antiguos sepulcros de los reyes.

* * *

Se creía ciegamente en aquel siglo religioso en el que el rey Luis, en el momento de robar a Luisa La Vallière, se arrodillaba asustado ante un crucifijo; en el que el altar brillaba al lado del trono; en el que el rey decía:—«Padre mío, sólo Dios es grande!» y el obispo le respondía:—«Dios sólo es grande, hijo mío!»

* * *

* * *

Ahora los pastores duermen en los barrancos, Jerusalem está en poder del Turco y las mieses divinas no tienen ya segador; la monarquía camina hacia su ocaso y se levanta el sol del pueblo, ¡ay! el hombre ya no cree; el hombre sólo desvaría: ¿qué es lo que vale más, Señor?

29 de marzo de 1839.

En el interior de aquel monte se ha labrado una pagoda, y cuando llega el día de inaugurarla, cae derribada la puerta que cegaba su entrada; el pueblo, entusiasmado, corre a admirarla, y entonces el ídolo, que es un feto ciego y monstruoso, sale de la hendida montaña.

10 de abril de 1839.

VI

¡Oh pueblo! Dentro del cráneo de esos hombres, en la mente taciturna y venerada del tribuno y del cenobita, en esa frente, de la que un día las revoluciones, entreabriéndola, harán salir visiones, habita un pensamiento espantoso.

* * *

De este modo en la India, algunas veces, el curioso pasajero contempla con respeto un monte misterioso, cuya cima toca en las nubes, y sin acercarse a él, medita y cree que en aquellas rocas, que en aquellas aguas y en aquellos tristes bosques se oculta una divinidad.

VII

EL MUNDO Y EL SIGLO

¿Qué es lo que habéis hecho, Señor? ¿De qué sirve vuestra obra? ¿Para qué sirve el agua del río y el relámpago de la tormenta? ¿Para qué los prados, donde los arroyos lavan el césped, y en los verdes collados los inmensos ganados, entre los que ladran los perros de caza? ¿Para qué la primavera, en la que el aire es tibio y todo florece, y la abeja ladrona que roba la esencia a las flores? ¿Para qué esa niebla que sube de las aldeas? ¿Para qué esa sombra que proyecta el ramaje de los árboles? ¿Para qué ese mar sembrado de islotes? ¿Para qué los bosques inmensos,

las grutas y los sitios sombríos? nada en el misterio y sin levantar la vista hacia los consejos divinos, que flotan en las altas esferas bajo el sol como por un carbón candente, la forma sagrada o bajo el velo entre vapores removidos por los vientos, alumbran su ocaso nubes encendidas? ¿Para qué enrojecer los viñedos, lanzando sobre ellos rayos que hinchan los racimos maduros? ¿Para qué inclinar sobre sus ejes movibles el globo monstruoso con todas sus ciudades, los montes y los mares que flotan a su alrededor, haciendo que se mueva en rotación vertiginosa, para que la luz lo dore o para que la sombra lo oculte? ¿De qué os sirven las olas, las nubes, y de qué, en el más profundo secreto, dentro de la flor germine el fruto? ¿Para qué fecundar el éter y las olas, rodear a los soles de mundos, poblar de astros errantes la inmensidad de los cielos, amontonar en todos los sentidos millones de leguas, y con la vaguedad de lo infinito teñir de indefinido color azulado las llanuras y las montañas? ¿Para qué instalar en las alturas y en las profundidades tan espantoso hacinamiento de sombras y de esplendores? ¿Para qué perfumar, calentar, nutrir, brillar, amar y traducir incesantemente para los ojos carnales y para los ojos del pensamiento vuestra idea eterna en espectáculo eterno? ¿Sucede todo eso para que en este siglo, en el que la ley cae convertida en cenizas, el hombre pase sin ver, sin creer, sin comprender, sin buscar

la vista hacia los consejos divinos, que flotan en las altas esferas bajo la forma sagrada o bajo el velo brillante de una nube o de una estrella? ¿Todo eso sucede para que esta época, en el sombrío fastidio en que se nutre, convierta al oprimido de ayer en opresor de hoy para que le desgarran sus locos sueños; para que el pueblo, multitud en la que yacen confundidos tantos sabios, lo mismo que los reyes, tenga la brutalidad por última razón y responda a las balas ciegas con los adoquines estúpidos? ¿Todo eso sucede para que los motines conmuevan las ciudades, para que hasta la libertad se convierta en tirana? ¿Todo eso sucede para que el honor de los antiguos gentiles-hombres, conducidos por ellos mismos al carril que seguimos, se ligue tristemente a los partidos? ¿Es acaso para que a su odio se añada un juramento a la maldad que al viejo puñal se le pone una nueva hoja? ¿Todo esto sucede para que el príncipe, hombre que nació de una mujer para brillar pronto y vivir poco, se imagine ser rey, como vos sois Dios? ¿Todo eso sucede para que los justos vivan tristes, para que reine la iniquidad, para que la envidia lacere los corazones que hubiera engrandecido el amor? ¿Todo eso sucede para que el sacerdote, triste y defectuoso apóstol, camine abriendo un ojo y cerrando el otro, insulte a la natu-

raleza en nombre del verbo escrito, y no comprenda que aquí todo está en el espíritu, que el soplo de Dios lo mismo alcanza a los hombres que a la arcilla, y que el árbol y la flor son también vivos comentarios del Evangelio? ¿Todo eso sucede para que a nadie, en fin, grande o pequeño, inquiriendo los caminos de la tumba, le inquiete lo desconocido, y como el buey conducido por el instinto, cada uno trace su surco sin pensar en la espiga; para que la humanidad, careciendo de profetas, abandonase la admiración que vuestras obras le causaban; para que el hombre no vea brillar en su corazón el alba, ni la azucena, ni el ángel, ni el niño, ni el alma, ese rayo de luz pura, ni la creación, ese inmenso panorama...?

* * *

Por eso pensativo exclamo muchas veces:—«¿Estaremos quizás condenados y malditos? ¿Los que vivimos hoy gozando de falsa prosperidad, seremos desheredados de la herencia de nuestros padres? Señor, haceos cargo de que los hombres de esta época están ciegos, lejos de vos y flotando entre muchas sombras. Extinguid vuestros soles o reanimad su fuego; corregid vuestro mundo o concededle un alma.

17 de julio de 1839.

VIII

AL SEÑOR DUQUE DE ***

Julio, vuestro castillo, que tiene la torre vieja y la casa nueva, se refleja en el Loire por la parte en que el río, cerca de Blois, ensanchando su espléndido cauce, como una madre que habla en voz baja a su niño que tiene en su regazo, estrecha una deliciosa isla en sus brazos replegados. Poseéis todos los bienes que el hombre puede alcanzar. Os sonreís viendo cómo llega el verano, y oiréis muy pronto, al través de los árboles, las risas alegres que desde la aldea llagarán hasta vuestra heredad. Pasado ya el abril, veis en ella que llega ahora el mayo, el mes del amor; mayo que cada día extiende más sus verdes vestiduras y que, como el niño levita, encargado de adornar el templo, suspende en las floridas ramas las flores, de las que sale el incienso, y los nidos, de los que surge el canto.

* * *

Me escribís que en este momento el friso blasonado de vuestra chimenea está sobrecargado con un montón de antiguas ruinas